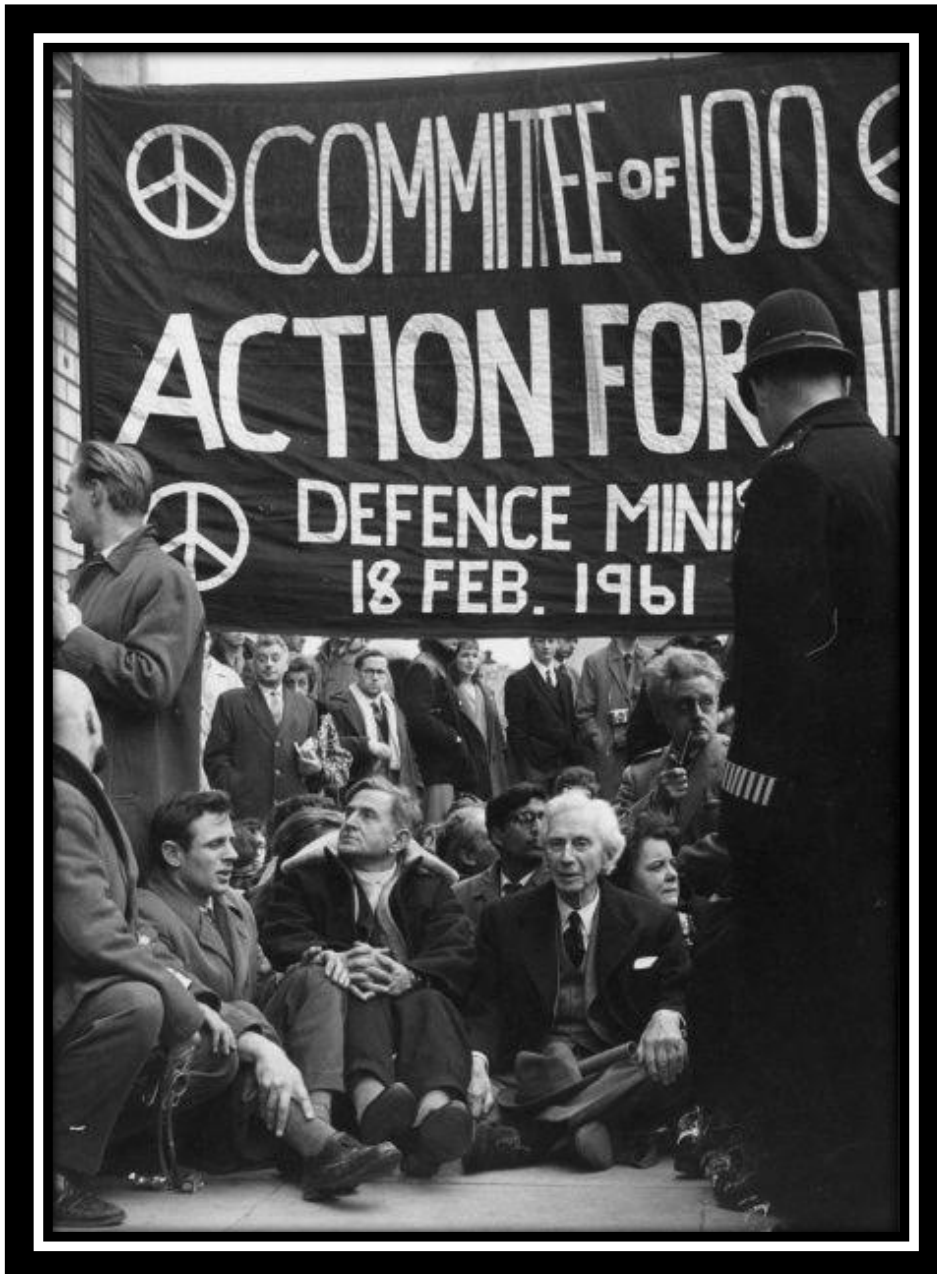


Cortés y valiente



Kenshinkan dôjô 2021

Necesitaba explicarle por qué las palabras eran, a mi juicio, insuficientes para entender el significado del Budô. Me alejaba así de su requerimiento más inmediato: decía estar interesada en la filosofía de las Artes Marciales, en su dimensión espiritual. Todo lo demás -técnica, estrategia, practicidad- no eran, a su entender, sino banalidades. Y, por supuesto, no estaba en condiciones de aceptar el rigor de la disciplina, el sudor y las lágrimas. “*Lo importante es el fondo*”; sostenía con vehemencia.

Aunque no quería entrar en un debate más que saturado, recogí el guante y tomé la palabra para hablarle de sencillez y hondura, llaneza y altura, cortesía y valentía. Pero lo hice a mi manera, desde luego, nombrando a Bertrand Russell, Bede Griffiths y Ortega; además de Cyrano. ¡Claro...!

Algunos de sus adversarios señalaban a Bertrand Russell por el solo hecho de escribir claro y sencillo, no obstante, cautos y precavidos, no se atrevían a alzar la voz en exceso pues sabían que, si quisiera, el maestro podría deslumbrar sus pequeñas visiones del mundo construyendo una literatura en forma simbólica y, en ese terreno, sus ideas resultarían inalcanzables para muchos de ellos.

Recuerdo los modales exquisitos del gran Bede Griffiths, aquel monje y místico inglés con amplia formación académica que supo siempre -pese a sus dos metros de altura- bajar la cabeza para entrar en la humilde estancia de sus vecinos de Kulithalai, en Tamil Nadu. No obstante, pese a su fragilidad, sabía levantar firme la voz para defender la causa justa en la que creía. Como él, también Russell supo ser sencillo, sabiéndose complejo, accesible a todos, pero sin perder una chispa de su inmensa perspectiva. Sabio y guerrero hasta el final, fue detenido en Londres manifestándose junto a los jóvenes en contra de las armas nucleares. Tenía casi noventa años de edad. Genio y figura.

Algo similar acontecería con Ortega y Gasset, quien, en sincero compromiso con la España analfabeta por la que transitó, escribió para hacer pensar tanto al filósofo como al obrero, al funcionario y al congresista. No obstante, se sucedieron voces contrarias a la literatura hecha no solo para el erudito o el universitario, también para el hombre sencillo que necesitaba alimentar su espíritu con ideas progresistas. Contestando a su manera a tales críticas y en una muestra de la contundencia con la que podía expresar su filosofía si así lo deseara, el autor de *La rebelión de las masas* escribió *La idea de principio en Leibniz* y, a decir de muchos, no hizo falta ninguna otra aclaración para saber hasta dónde podía llegar la profundidad de su escritura.

Por su parte, Edmond Rostand supo describir como pocos al hombre de armas y letras, al guerrero que cruza su espada sin olvidar la métrica de la poesía que personificó en Cyrano de Bergerac. Cortés y valiente, como Montaigne, a la postre primer ensayista, Cyrano es el prototipo de soldado-poeta.

Cortés y valiente, sencillo y simbólico, llano, pero profundamente complejo para poner, como le espetara el gran Oscar Wilde a un periodista inoportuno: *“El talento en el arte; el genio en la vida”*.

Me interesa esa dualidad que reúne en un solo cuerpo la cortesía del caballero y su valentía, comprometida con un fin noble; o esa otra simbiosis que forman las buenas costumbres y la acción trepidante, la lucha denodada y la reflexión que nos acerca al misterio.

Valoro la erudición, pero si queda en palabras esta no es más que pedantería y vanidad. Si la sabiduría no conoce la simple franqueza es, a mi juicio, solo postura.

En mi opinión, es una vez entendida la disciplina, por saberla imprescindible, y aceptado el estoicismo, que nos exige rigor en la práctica, dureza en el carácter, voluntad y compromiso, que puede un budoka hablar con propiedad acerca de lo intangible, de eso inaprensible, vagaroso, volátil y etéreo, pero, al mismo tiempo, profundamente verdadero, que es lo espiritual en el arte.

Como aquel maestro, llegado de otro tiempo, a quien tuve la suerte de tratar durante algunos años y que reunía dentro de sí la esencia misma de la llaneza, la rudeza en las formas o la osadía del guerrero, junto a una emoción natural frente al misterio. Atisbando una luz inspiradora en el transcurso de la meditación, compartía con todos, apasionado y tembloroso, la inmensa alegría de su descubrimiento.

Y aquel torrente de emotividad, enfundado en un cuerpo curtido, gruesa la piel y rigor de batallas libradas, resultaba a nuestros ojos profundamente real.

Y en ello creíamos.

Kenshinkan dôjô 2021